

la dentadura y agregarán á sus gracias la de conservar sus pequeños dientes, limpios, iguales, de una blancura *eblouissante* (que deslumbra), firmemente colocados en una encía de un color rosado hermoso, como el de los labios

que se entreabren en una sonrisa para dejar entrever las perlas con que han sido regaladas por la naturaleza para su conservacion y adorno.—RR.



DON ESPIRIDION MACHUCA

HERMANO DE LA CARIDAD. (1)



Plumer la poule sans la faire crier
Exige plus d'art que tout autre métier.

MALASPINA.



UAN cierto es por desgracia que las virtudes de los hombres, incluidas las mugeres, pueden ser cómodamente numeradas con los dedos de una sola mano, y que sus vicios y defectos no pueden contarse ni aun por los cabellos. De aquí nace que cuando topamos con seres sensibles y benéficos, es decir, que practican la mayor y mas alta de las virtudes, que es la caridad, nos reconciliamos con la especie humana, y no creemos ya, tan firmemente á lo menos, que es el mundo la morada tan solo del egoismo y la maldad. Afortunadamente existe en este suelo bendito una especie har- to numerosa, de hombres tan magnánimos, que no contentos con hacer el bien á sus seme-

jantes de uno en uno se han propuesto, y lo llevan á cabo, tender una mano bienhechora á ciudades enteras y aun naciones. Hay mas: el número de los ingratos necesitados crece diariamente, y ¡cosa singular! se aumenta en la misma proporcion el de los benefactores de este nuevo género, por manera, que aquellos que socorren á las masas, es de suponer tengan en- jambras de malquerientes y desagradecidos. Nada les arredra, sin embargo, y léjos de desmayar ellos en la senda de la beneficencia, no duermen ni comen pan á manteles hasta ver convertida en nuevo paraíso (no se crea que por la desnudez) á la nacion á quien fué su ánimo auxiliar y hacer dichosa. Hale llegado su turno á la nuestra, lector hermano, bien lo sabeis. ¡Oh, almas privilegiadas! yo os venero

(1) El grabado en madera que acompaña á este artículo, es obra del mismo apreciable jóven que nos ha favorecido anteriormente con otros ejecutados tambien por él para este periódico.—RR.

á pesar del apodo con que la depravada muchedumbre os apostrofa. Y qué ¿no ha conocido el pio lector de quienes voy hablando? hay por ventura quienes hagan la caridad, no al menudeo, como es comun y corriente, sino por mayor, en grande, á no ser los que por instigacion del demonio llama el vulgo de los que han hambre-agiotistas?

A esta benemérita clase pertenece mi héroe, D. Espiridion Machuca y Prorateo, cuyo fiel retrato se mira á la cabeza de este humilde panegirico.

Yo bien sé que en este lugar se echan de menos algunas ligeras apuntaciones biográficas, para conocer en lo posible la bella alma del venerable Espiridion, ya que no es fácil olvidar su bienaventurado cuerpo en habiéndolo visto una vez, sea al natural ó en efigie.

Mas como quiera que se ignora la mayor parte de los acontecimientos de la niñez y juventud de Machuca, el lugar de su nacimiento, quién fué su padre, aunque de esto no tuvo culpa la madre, que de positivo se sabe fué honrada, si las hay, á prueba de bomba, nada puedo decir sobre estas menudencias. En verdad hablando, no tengo por accion propia de *sesudos homes*, el idear sucesos raros en vez de decir los verdaderos, ni el inventar razones nunca dichas por quien se supone, ni menos todavia hacer estribar la verdad histórica en el dicho de cualquiera farolero ó sacristan, que se dice testigo de todas los consejas que refiere. Y pues únicamente ha de decirse la verdad, por sencilla que fuere, me veo precisado á coger á mi héroe recio ya y entrado en años, lo cual si me hace pasar con los severos por biografo de medio pelo y poco inteligente, tambien tiene la ventaja de que ni yo desperdiciaré mi tinta ni el lector su saliva en puerilidades semejantes, y así quedarémos mutuamente convidados, Dios mediante, para la próxima entrevista.

Comienzo, pues, mi bosquejo, y digo: que conocí á D. Espiridion de comerciante en visperas de dar nuevo estallido ó sea quebrar por la tercera vez; derrotas mercantiles son estas, parecidas á las de aquellos generales que vencidos una y otra vez en los combates, salen no obstante gananciosos al fin de la campaña, cuya paradoja solo puede comprender quien haya leído nuestra historia; pero en obsequio de la verdad debo decir: que nunca fué mejor cristiano Machuca ni manifestó mayor resignacion y sangre fria que durante los dias críticos. Acosábanle los acreedores por el pago de sus

respectivos créditos, con aquella constancia y entusiasmo de que usan generalmente los que alcanzan con los miserables alcanzados, y no pudiendo él satisfacer sus deudas en metálico, ¿qué hace? poseido de un espíritu de caridad cristiana, no comun á fe mia, entre deudor y acreedor, desaparece el dia menos pensado, y digo el menos pensado, porque se vencian en él varias libranzas, y entra á hacer ejercicios espirituales. Llevó ánimo firme de mortificar su cuerpo y pedir á Dios que lloviese aguaceros de bendiciones, y aun pesetas, si era dable, sobre los desconsolados y boquiabiertos acreedores, es decir, en castellano claro, que fué á liquidar cuentas con Dios, tanto para salvar las apariencias, como por ver si le hacia las mismas quitas que los acreedores terrenales. Temiendo estaba el timorato comerciante que tambien en el cielo entendiesen de interés compuesto, cuyo interés segun Machuca opina desde que él lo carga, es de derecho divino y fundado en las sagradas letras, que respeta casi, tanto como las de cámbio. Sacóle de esta incertidumbre el considerar que mal se aviene el uso de cálculos tan complicados como son los de interés compuesto, con el sistema que todavia rige en el cielo de llevar los libros en partida simple, lo cual colige D. Espiridion de haber leído y aun oido decir á hombres doctos: „el libro de los destinos, y no los libros del destino.”

Declarada la quiebra al salir Machuca de Ejercicios, y á pesar de haber quedado con algun metal, que por cierto no era estaño, para soldar despues la quebradura, pidió y obtuvo del paternal gobierno de aquella época el ser nombrado vista de una de las aduanas maritimas de la república, alegando, segun lenguas contemporáneas aseguran, lo quebradizo que fué de negociante. Si se reflexiona que Machuca era hombre entonces de devocion y virtud nada comunes, y que, despues de su último fracaso no despegaba los ojos del suelo sino para dirigirlos al cielo, se vendrá en conocimiento de que en el puerto se le pasaban por alto muchas cosas; así es que el nuevo gobierno le suplicó que viniese á esta su casa á explicar el motivo de tales distracciones.

Vino en efecto á la corte el buen Machuca; mas sin que se sepa cómo ni por qué la sólida virtud quedó triunfante y vimos todos que en vez de salir caballero sobre un mulo á visitar la fortaleza de Acapulco, se presentó en el paseo en un magnifico landó tirado por frisonas, y mirando mas horizontalmente que solia.

En esta época gloriosa de su vida ejemplar, es cuando se manifestó mas encendida la ardiente caridad de Espiridion. Lejos de ser con la hacienda pública que fué la nodriza que le dió de mamar y le hizo gente, desnaturalizado y malagradecido, como tantos hambrientos empleados que no cesan de maldecirla y acusarla de madrastra cruel, acudió constantemente á sus llamados, con una talega en cada mano y los amplios bolsillos del paletó llenos de recibos de pagas corrientes, para que así se verificase, no lo que el necio vulgo llama matar dos pájaros con una misma piedra, sino socorrer á dos menesterosos á la vez.

¡Generoso corazón, conducta filantrópica! que notablemente ha influido en la profunda veneración y estima con que son vistos hoy, así D. Espiridion, como los demas individuos de su seráfica escuela y compañía. Porque en efecto, quién sino ellos abre con sin igual franqueza el bolsillo á los particulares, y principalmente á los gobiernos vergonzantes? quién sino ellos llevaria la caridad hasta el extremo nun-

ca visto de comprar las resmas de papel ya escrito y borrhageado que los empleados venden, casi, casi, cual si fuese blanco y riquísimo florere?

Ya se ve, con sobrada razon les llaman todos, con especialidad á mi Machuca: „pañó de lágrimas de los empleados, constantes y sinceros amigos del tesoro público, amparo de las viudas feas, (las bonitas no lo necesitan) y digamoslo de una vez, en obsequio de la justicia y de la virtud, no agiotistas, ¡Dios nos libre! sino HERMANOS DE LA CARIDAD, único nombre que conviene á una institucion toda de beneficencia y amor al prójimo, incluso sus faltriqueras. Tan cierto es ello, que á no ser por el vientre á *la montgolfière* de Machuca y acaso por el paletó, pasaria probablemente por el S. Vicente de Paul de la nueva hermandad. Yo solamente una pequeña diferencia he notado entre estos hermanos y las de la Caridad, y es que *ellas* recojen al desvalido de la calle, y *ellos* tienen por oficio dejar á uno en *ella*. *Laus Deo.*—MALAESPINA.

¡A ESCRIBIR!



CONSTANTEMENTE se lo digo á este niño, Sr. Anónimo, me decía el bueno de D. Pánfilo al presentarme por primera vez á su hijo; pero el ha dado en que los críticos pueden hacerlo trizas, y tiene miedo de no poder igualar á tantos y tan claros ingenios como pululan hoy por esos andurriales y...

—Pues si no teme mas que eso, hube de decirle, es el niño medroso en demasia. El niño que cuenta ya sus veintiun abriles bajó los ojos se encendió y prorrumpió con balbuciente voz en una frase de estilo en semejantes casos.

—Y no es eso lo malo, continuó Don Pánfilo, sino que por mas que yo le grito; á escribir! no quiere. . . y mire V. el tiene instruccion; en su niñez estudió latin y con ayuda de un diccionario y de alguno de sus condiscipulos medio

traduce algunas oraciones de Ciceron; el francés lo traduce con mucha exactitud, palabra por palabra, y de ingles sabe unas cuantas voces que pronunciadas á tiempo y con cierto aire. . . Al fin muchacho, le gusta darse importancia.—El niño se puso rojo de vergüenza. . . Diga V., prosiguió, si no tiene con esto bastante y aun de sobra para escribir.

—Indudablemente, le dije, es mucho saber para su edad.

—Y luego, dijo Don Pánfilo, se echa á pechos todos los vaudeville del teatro francés y ha leído los cien tomos de Zorrilla, y se deleita en saborear los atrevidos conceptos de este autor y...

—Pero por supuesto no ha tenido la necesidad de leer á fray Luis de Leon ni á...

—No, no señor, dijo el niño, me parece que ya sé bastante; pero tengo un genio tan corto.

—¿Y á hecho poesias? pregunté.

—Si, si, pero prosa es lo mas, contestó Don Pánfilo, tiene un estilo... Vamos, dijo, dirigiéndose al niño, lee tu composicion última...

—Pero papá. . . dijo el niño, y comenzó un ligero altercado en el cual tomé parte y que concluyó con obligar al jóven á leer.

—Cómo se llama la composicion, pregunté.

—*El ensueño de mi ventura*, dijo el jóven.

—No, no es eso, dijo Don Pánfilo, te hablo de aquella novelita titulada *La interdiccion*.

—Ese título, está en francés señor Don Pánfilo, yo lo conozco y creo que es el de una de las novelas de Balzac.

—Precisamente, dijo el buen hombre, la misma sino que mi hijo la tomó de allí y le hizo algunas variaciones.

—Pero el título, repliqué, está en francés.

—Ya se vé, dijo Don Pánfilo, si la obra es francesa. . . pero con lo que este le ha hecho es ya obra suya.

—Y así tiene V. miedo de igualar las obras de algunos preclaros ingenios nuestros contemporaneos? pregunté al jóven. Quite V. amigo; si tiene V. todos los tamaños para ser un escritor de nota. . . lea V., lea V., sin miedo.

—¡A escribir! prorrumpió el viejo, ¡a escribir! ¿No te lo he dicho? Vamos, lee la novelita.

El jóven se escusó con no traer en el bolsillo los papeles, y el padre insistió entonces en la lectura del *ensueño de ventura*. Animado el novel escritor con mis ruegos sacó de la cartera un blanquísimo papel y leyó de esta manera.

„*El ensueño de mi ventura.*—Dulce sueño que embargaste un dia mis sentidos fatigados, ven, ven á mi seno, yo te adoro, porque eres fugaz como el vislumbre blando de fulgente arrebol. Dulce sueño, yo te he visto doblar tus alas sobre mi aliento vacilante, como dobla ufana la candida paloma su mirada de angustia sobre la aperlada yerba que baña con sus melodiosos cantares el doliente ruiseñor. ¡Dulce sueño!...

—¡Qué dulzura! interrumpió D. Pánfilo, ¡qué voces tan suaves! y mirando entrambos que yo seoreia, callaron, gozoso el padre, satisfecho el hijo. Prosiguió: „¡Dulce sueño! En blancas visiones de oro pintaste mi porvenir; tu voz era blanda ¡oh sueño! como el ruido inverso de torrente gruñidor y eran suaves tus miradas, sueño de mi ventura! como el torneado cuello del palpitante cisne; mas volaste ufano por el mar etereo de horizonte infando, pasaste cual pasa el rauda soplo de deslumbradora brisa sobre la sien agitada del arbusto tímido.”

—¿Qué le parece á V., Sr. Anónimo?

—Muy bueno, excelente, Sr. D. Pánfilo.

El jóven continuó.—„Era entonces mi edad, de esplendores, fulgente cual tibia luz de mirada angélica, lánguida y dulce como el cantar sonoro de pintadas aves que en vulgo pasaron sobre las ramas del fúnebre arrayan. Mi vida se deslizaba entre el ruido insano de mundanal orgia, y entre el bronco reir de cantadores ébrios sonó tu voz, mi sueño de ventura. Yo ví tus ojos radiantes como las pupilas frescas de la medrosa virgen del desierto, de esa virgen bella con el corazón de paloma y su aliento de aleli; yo te ví, yo te adoré sueño mio; eras bello como el lucero vespertino que se enfanga radioso entre el mar brillante de aromas y de colores que deja en su pos el sol. Eras puro como el aroma delicado de las flores que baña el rio; como la gota pura de virginal ambiente. Mas alzaste el vuelo ¡oh sueño! huiste de mis ojos y miré en mi rededor el vacío. Tu gigante gesto me revelaba amores y hallé en mi torno lágrimas amargas como el desconsuelo triste de lúbrico deseo, lánguidas como suspiro que aturde al alma con son fantástico. Y crujiste ¡oh sueño! en blando beso, y al volver al mundo solo hallé sinsabores y deleites de ponzoña que cubrian harapos de arrebol luciente; y te fuiste, sueño mio, y desperté al reir nefando de criminales turbas que sonaron á mis oídos como el batir de carnívoros buitres que con sus alas sombrean el prado.... Sueño de mi ventura, tú has huido.... ¿Por qué no sueño siempre? *Mexico....*” sigue la fecha, dijo el jóven, y la firma.

—Acabó V., preguntéle.

—Si, si señor, dijo D. Pánfilo, ¿qué dice V.? ¡Qué cosa tan bonita! que opina V. de la cobardía de este niño?

—Que es extremada cuando hace cosas tan estupendas, contesté.

—Lo oyes necio, lo oyes, exclamó D. Pánfilo. ¡A escribir hijo mio, á escribir!

—Escribiendo muchos como V., le dije en tono serio al jóven, se hace un positivo servicio á la literatura, porque (añadí para mi sayo) así se fastidiarán mas pronto los lectores y con la falta de estos morirán de consuncion los escritores.

—Entiendes, decia D. Pánfilo, entiendes, no hay remedio, ¡a escribir!

—Si señor, á escribir, repetí yo; y para animar á V, esta composicion va á imprimirse en el Liceo.

—Mañana mismo, hoy, en este instante vas á tomar la pluma y á escribir; yo te lo mando, yo, tu padre, tu amante papá...

A estas voces los ojos del joven escritor se enrojecieron, su mirada era fija, sus labios temblaban, su cabello se herizó y por entre los surcos que dejaban aquellos mechones enmarañados se abrieron paso en ese momento unas doce ó catorce inspiraciones que yo mismo vi agolparse á la entrada de la mollera, cederse el paso, hacerse mil cumplidos y entrarse una á una á su nueva habitacion, la cual removieron de tal suerte, que el inspirado joven extendió los brazos, apretó los dedos, y respirando con lentitud y con la fuerza de una ballena, acabó por gritar con una voz terrible. ¡A escribir! y echando á correr nos dejó sin despedida marchándose con su docena de inspiraciones en la cholla y su buena dosis de orgullo y de locura. Cuando

iba ya por el fin de la calle, y al tiempo que el buen papá D. Pánfilo se despedía de mí, oímos un grito espantoso que se comunicó con una rapidez eléctrica, y mil voces robustas clamaban á escribir; todos los transeuntes se habian inflamado al simple aspecto del hijo de D. Pánfilo; las plumas y el papel se agotaban en las tiendas de la cuadra y el ruido no cesaba. La vocería iba en aumento: el tumulto crecia y mi D. Pánfilo sintiéndose arrebatado por el frenesí popular, echó á correr gritando tambien ¡a escribir! y dejando abismado al pobre Anónimo que al oír tan espantables ruidos y como si viese un espectro, gritó á su vez con el acento del miedo é involuntariamente. ¡A escribir!

— ANÓNIMO.

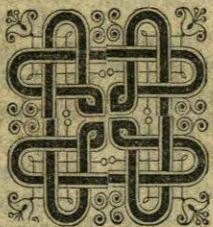
GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

DON DIEGO OSORIO ESCOBAR Y LLAMAS.

Obispo de la Puebla. Vigésimocuarto virey de la Nueva-España. 1664.

1664.

EL 29 de junio entró en el gobierno vireynal el obispo de la Puebla, sin que de su época se reflera cosa notable sino su corta duracion. El 15 de octubre dejó el puesto que vino á ocupar su sucesor.



Sicco Mexicano.



D. DIEGO OSORIO DE ESCOBAR Y LLAMAS
24. Virey de La Nueva-España.